



CRONICAS

EL MAGISTERIO DE LA PALABRA

El doctor Pedro Laín Entralgo, ilustre médico y escritor español, ocupa en la actualidad la Presidencia de la Academia Española de la Lengua (la “Real Academia Española”, su denominación oficial) y visitó a Colombia por invitación especial para las celebraciones del Día de la Raza en 1983. Uno de los actos de su visita fue la condecoración que le otorgó el Gobierno de Colombia, con motivo de la cual ofreció una recepción el señor Presidente, doctor Belisario Betancur. Para la revista es motivo de satisfacción ofrecer a sus lectores las palabras pronunciadas por el Jefe del Estado en homenaje al distinguido colega, quien además es autoridad máxima mundial en Historia Universal de la Medicina, tema sobre el cual ha publicado conocida obra en siete tomos.

Permítame ante todo, don Pedro Laín Entralgo, que me dirija a Usted con este título tan noble, y tan llano al mismo tiempo, con que han pasado a la historia dos españoles universales como la esencia de España: don José Ortega y Gasset y don Gregorio Marañón, ambos admirados por Usted y de los cuales ha recibido lecciones que templaron su espíritu de humanista y pensador; y recibido la gracia del decir rico, de la capacidad de indagar en el pasado la significación del presente y los secretos del futuro.

I. LA ESPERA Y LA ESPERANZA

Sería empeño que escaparía a los límites de un saludo fraterno, enumerar los espíritus con quienes ha establecido Pedro Laín un parentesco de alma, que por apropiación y simpatía forman parte de su pensamiento.

Ya he mencionado a Ortega y Marañón pero debo agregar a don Marcelino Menéndez y Pelayo; a don Miguel de Unamuno; al sabio don Santiago Ramón y Cajal con quien coincide en la “religión de los hechos”; a nuestro amigo común recientemente perdido Xavier Zubiri, el último metafísico, el que apuraba las esencias hasta el último sorbo; a don Antonio Machado, con quien comparte su nostalgia por el paisaje de Soria... Estos son los espíritus que han formado la inteligencia de historiador y de antropó-



logo, de filósofo y de poeta, de poeta sí, de Laín Entralgo, porque sus más elevadas páginas en torno a la esperanza son cantos de elación a una simbiosis con el principio de la vida. Por cierto que en una hermosa página de hace veinticuatro años, recuerda Laín la reflexión de Gide ante el rótulo “sala de espera” en una estación de ferrocarril del Marruecos Español: “qué bella lengua, dijo Gide, la que confunde “salle d’attente” con “salle d’espoir”. El lindo elogio de Gide, no es del todo certero, dice, porque el español suele distinguir muy bien “espera y esperanza”; pero es lo cierto que, poética y realmente, toda sala de espera es siempre de algún modo “sala de esperanza”: si no fuese así, nadie entraría en ella.

Lo que es más de admirar en Pedro Laín es que al lado de su españolidad, se ha establecido un europeísmo universal que confiere a su pensamiento la autoridad y el alcance de lo humano, sin etiquetas ni fronteras. En su obra de historiador, de filósofo de la historia, de indagador de la trayectoria de la cultura española, se impone siempre el punto de vista del europeo universal, para quien los Pirineos no son una frontera sino una invitación a las más elevadas aventuras. No es solamente Europa el término de las aspiraciones intelectuales de don Pedro: su magisterio y su entusiasmo de indagador, lo han llevado a cruzar los océanos, a recorrer a América de Norte a Sur, y a confrontar sus verdades con las nuestras, en un empeño incansable por ensanchar el espacio espiritual de España hasta alcanzar los límites del imperio geopolítico que se hundió en el siglo XIX.

2. EJERCICIO DE ESTILO

Durante su fecunda vida el quehacer de Pedro Laín se ha centrado en el cultivo y enseñanza de la historia de la medicina, de la cual es autoridad incontestable.

Esta preocupación esencial no lo ha limitado, sino que le ha servido para avanzar a otros campos de la filosofía y de la cultura en donde ha cosechado frutos más ricos que en la misma historia, y que unidos por el hilo imperceptible de su reflexión existencial, configuran una antropología o un humanismo, centrado en el ser corporal del hombre pero ligado a un elan hacia la Divinidad.

Hay una esencia subyacente en la obra de Pedro Laín que la informa y que supera los límites de las ciencias particulares o de la reflexión filosófica: es su actitud hacia la palabra, su cuidado del lenguaje, su respeto por el poder taumatúrgico del verbo.

Se dio a una de sus obras el título de “Ejercicios de comprensión”, en el sentido de “pasión de comprender”, yo preferiría dar a su obra entera el epígrafe de *Ejercicio de Estilo*, en el sentido de una voluntad deliberada de gobernarlo todo por una estructura de expresión. Esta voluntad lo erige en maestro del

lenguaje, respetado en España y América, y le ha dado un sillón en la Real Academia Española y la presidencia de la misma.

A propósito del cuarto centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, he recordado cómo la Doctora de Avila hizo de la palabra el vínculo que la unió con la Divinidad para el camino de la perfección y para el acabamiento de sus empresas y fundaciones: “Una merced es dar al Señor la merced, decía, y otra es saber decirla y dar a entender cómo es”; lo cual se convierte en ella en estribillo temático de sus escritos: pedir luz al cielo para saberse expresar y dar gracias a Dios porque le inspiró el modo de decir los estados místicos de su alma. O, para decirlo a la manera de Laín Entralgo, el modo de estar en dignidad a través del lenguaje.

He admirado de vieja data el sentido de la ensayística de don Pedro Salinas, complemento discursivo de sus condensaciones poéticas.

Pero hay una página, cautivante sobre todas, en una antigua edición de “El Defensor” hecha por la Universidad Nacional de Colombia. Dice, sobre su intuición de que “el hombre se posee en la medida que posee su lengua”: “La palabra es espíritu, y no materia, y el lenguaje en su función más trascendental, no es técnica de comunicación, hablar de lonja: es liberación del hombre, es reconocimiento y posesión de su alma, de su ser. “Pobrecito” dicen los mayores, cuando ven a un niño que llora y se queja de un dolor, sin poder precisarlo. “No sabe dónde le duele”. Esto no es rigurosamente exacto. Pero, ¡qué hermoso! Hombre que malconozca su idioma, no sabrá, cuando sea mayor, dónde le duele, ni dónde se alegra. Los supremos conocedores del lenguaje, los que lo crean, los poetas, pueden definirse como los seres que saben decir mejor que nadie dónde les duele”.

Puede agregarse sobre esto último, que es una invitación al realismo, a no embelesarse con el verbo por sí y ante sí. Ya está dicho y aceptado, que se puede siempre batirse por palabras.

Popper afirma válidamente, que en sí mismas las palabras no tienen importancia, pues no son sino medios para enunciar proposiciones que pueden ser verdaderas o falsas, y al final no queda sino el problema de la verdad. En todo caso, se trata de no dejar envilecer nuestra moneda lingüística.

3. EL DIALECTO QUE HABLAN

Aquel saber dónde duele, lo tuvo desde un principio Laín Entralgo y por eso sus obras primeras son un examen de España, del problema constitucional que ha escindido su ser y que ha llevado a los grandes espíritus a un dolorido sentir de su patria.

Ahora, cuando españoles y americanos nos preparamos a conmemorar el quinto centenario del descu-



brimiento de América —mejor diría, del encuentro de dos mundos—, tendremos que apelar al vínculo más profundo y universal que nos acerca, al lenguaje, por el cual superamos las fronteras políticas e ideológicas, y nos fundimos en un apasionado diálogo, o cántico, que recuerda la primigenia unidad del ser. Es a través del lenguaje, de su cultivo y cuidado, como podemos encontrar un terreno común para conjugar nuestros proyectos y esperanzas; y es a través de él como no llegaremos a confundir la historia con el decorado.

Con nobleza que me honro en conocer desde hace años, ha dicho Laín que en Hispanoamérica existe un gran cuidado con el idioma. Los colombianos sabemos de ese tradicional respeto por las formas expresivas, un cuidado por la sabiduría popular reflejada en sus modismos y dichos, una gran riqueza de tradiciones orales: es la gran cantera de una lengua viva.

Luis Rosales y Eduardo Carranza gustan de contar, al alimón, su itinerario de hacer una veintena de años por el altiplano andino, entre la castiza Santa Fe de Bogotá y la recoleta y no menos castiza Tunja de la Madre del Castillo. Demoraban los viajeros con el Conde de Foxá y Luis Felipe Vivanco, en una fría fonda caminera por ganar calor a cuerpos y espíritus. Y como el mesonero entrara en embeleso con la tertulia de los poetas, Foxá le preguntó:

—¿Le gusta la poesía?

—Me gusta mucho, respondióle el campesino. Y agregó: “Los señores son españoles, ¿no?”.

—Sí que lo somos, dijo Foxá. ¿Cómo lo supo Usted?

—Ah, por el dialecto que hablan...

También sabemos que nuestras clases ilustradas cultivan un lenguaje rico, expresado con una dicción refinada y pulcra. Pero para enriquecer la herencia recibida, hemos de aprender la lección que un amigo le daba al Conrad joven:

“*Todavía tiene que aprender la magnífica mitad de su arte, el arte de dejar cosas sin escribir*”.

4. LA TRADICION DE LO NUEVO

En nuestras patrias americanas seguiremos leyendo con pasión a los grandes escritores de la madre patria.

Y frecuentemente también a los modernos creadores que como los grandes de la generación del 27, los Guillén o los Aleixandre, los Salinas, los Alonso, los Diego, los García Lorca, los Cernuda, los Alberti, crearon un nuevo estremecimiento y una sintaxis nueva que unió la gran literatura del siglo de oro, con el siglo XX aventurero y cambiante; y por la mediación de Góngora, estableció lo que yo llamaría “la tradición de lo nuevo”, tomando la expresión de un sensible crítico americano.

Pero es necesario que el pueblo español se compenetre en mayor grado con nuestros creadores, con aquellos que como García Márquez o Neruda, han dado nuevo esplendor a nuestra lengua común.

Yo invito al señor Presidente de la Real Academia Española de la Lengua a que nos comprometamos en esta cruzada y a que a través del lenguaje, renovemos los vínculos de la gran fraternidad iberoamericana.

5. EDIFICAR PUENTES

Señor don Pedro Laín Entralgo, señora de Laín, señores Académicos:

El culto a la amistad que Usted profesa, que lo llevó hace 35 años, ayer no más, a decir en su bello libro “Vestigios”, con el viejo y razonable Aristóteles, que la amistad, más que un sentimiento o un bien deseable, como la riqueza, es un hábito entitativo de la existencia humana, algo sin lo cual el hombre no llega a serlo de veras.

Esa amistad honrosa nos llega a muchos con el eco adormecido de la voz hace poco apagada de Xavier Zubiri, cuyo tríptico, cuyas tres inteligencias póstumas he recibido con la tristeza de su esposa Carmen Castro de Zubiri, viático para escapar del discurso y la propaganda que nos arrastran inundatoriamente —son palabras de Zubiri— como expresión de la oleada de sofística: por eso es necesario hoy más que nunca llevar a cabo el esfuerzo, agrega, de sumergirnos en lo real en que ya estamos, para arrancar con rigor a su realidad, aunque no sean sino algunas pobres esquivas de su intrínseca inteligibilidad.

El espíritu de su obra, Maestro Laín, es un espíritu esperanzado, comprensivo y abierto. Por eso su impronta ha quedado en las últimas generaciones de americanos.

Y esas cualidades adornan también su vida diaria, a la cual tributamos homenaje de reconocimiento. En ella hay inscrito alguien más. Permítame decírselo con una reminiscencia de Arciniegas: recuerda él que al publicar en 1932 en Londres su primer libro “El estudiante de la mesa redonda”, puso en la casi blanca quinta página de la edición, una frase que ha seguido apareciendo en sus numerosos y preciosos libros: “A Gabriela”, su esposa de más de medio siglo, su estímulo, su asistencia, su amistad. De igual manera, Maestro Laín, su suave y constante esposa está inscrita en la existencia que festejamos como *servus servorum veritatis*, esa condición que Usted reivindica en tanto que su condición de historiador, que su condición de amigo, y que su condición de constructor de puentes, como advierte orgullosamente Usted al final de su “España como problema”: “Otros españoles y yo, —formados espiritual-

mente en una época que se ha esforzado por convertir el simple “o esto o lo otro” y el fácil “esto y lo otro” en un resuelto “Esto y lo otro pero de otro modo”—, hemos consagrado buena parte de nuestra vida, agrega, a la tarea de edificar puentes: puentes de amistad y diálogo entre nosotros y quienes hoy viven y piensan a nuestro lado, puentes de continuidad y esperanza hacia quienes ahora ensayan su palabra propia”.

Para que se cumpla, agregamos nosotros, el logro histórico de salir del aquí y ahora, y que por lo menos sepamos que se cumplirá el sueño del poeta:

“...Pues la tierra es el sepulcro de los grandes hombres, y su historia sigue viviendo en las vidas de otros hombres”.

Por esa existencia y ese pensamiento y esos patrones pedagógicos de comportamiento, Colombia se honra en poner en su pecho la máxima condecoración que crearon los hacedores de la nacionalidad. Y el Presidente de Colombia se honra en levantar esta copa por su digna esposa y por Usted.